

PEPÍN BELLO, DANDY VANGUARDISTA

Con más de cien años ha muerto en Madrid don José Bello, el Pepín Bello inseparable amigo de Lorca, Buñuel y Dalí en la madrileña Residencia de Estudiantes de los años veinte. Es más que notable que, sin haber publicado una sola línea, ni esbozado el menor dibujo, ni haberse hecho un nombre en el mundo del cine o del espectáculo, o sin haber dirigido ninguna revista literaria ni ser colaborador habitual o esporádico de prensa, ésta haya coincidido hoy unánimemente en destacar su singularidad y talla cultural durante aquellos creativos años juveniles.

La mano de Pepín Bello aparece, en efecto, aquí y allá, en las anécdotas más significativas. No obstante, lo más importante, de acuerdo a las memorias de Buñuel y a los inclasificables textos de Dalí, tal vez sea su misma presencia, que aglutina y cohesiona la amistad de personalidades artísticas divergentes, y estimula acciones comunes: por ejemplo para injuriar públicamente a Juan Ramón en pleno ejercicio de su papado literario; o para alentar (es difícil olvidar su imagen del burro muerto en *Un perro andaluz*) la estética daliniana de la “putrefacción”, en la que el mismo Lorca se embarcó fugazmente, un poco a contrapelo, y Luis Buñuel con todo entusiasmo. Dado el signo ortodoxo y bienpensante de nuestros tiempos, lo menos sorprendente es que prácticamente ninguna nota necrológica haya destacado el carácter de extremado gamberrismo cultural, siempre iconoclasta e irrespetuoso, de aquel grupo de amigos, singular producto a su vez de una singular élite de terratenientes y profesionales respetuosos de la cultura hasta el extremo –y sabían lo que hacían- de hacer ingresar a sus hijos en un *college* que era encarnación de los postulados de la Institución Libre de Enseñanza.

Quiero decir que aquellos pocos amigos que iba a revolucionar la poesía, el cine y la pintura del siglo eran un grupo de cultos, curiosos, inquietos, bien informados y brillantes *niños bien*, que se ponían el mundo por montera y que todo parece indicar que se lo pasaban en grande, gracias también a la “subvención” que, a salto de mata o no, les acababa llegando de sus respectivos círculos familiares. No haya sorpresa, pues, en el sistemático ejercicio de un sentido del humor, un tanto dadaísta, que siempre ejerció don José Bello. Lo destaco, porque lo he echado en falta en todas sus necrológicas. Tenía 98 años y un aspecto rozagante, cuando nos dio, en su visita a La Pedrera, la receta de su eterna juventud: levantarse hacia mediodía y dedicar la tarde a reunirse con los amigos; mantenerse alejado del sagrado matrimonio y de la no menos sagrada pareja laica; y no catar perejil. O sea, poder vivir sin trabajar, de

rentas; cultivar la conversación y el espíritu; asumir la vida de un célibe antisentimental y libertario, no sabría decir hasta qué extremo misógino y/o homófobo; y no tomarse en serio la cultura de la gastronomía. Todo, a sus casi cien años, tan irreverente, dandy y gamberro como en aquellos sus tiempos juveniles, hoy tan sacralizados.

José Luis Giménez-Frontín